



Roda da Fortuna

Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medievo

Electronic Journal about Antiquity and Middle Ages

Actas del IV Congreso Internacional de Jóvenes Medievalistas Ciudad de Cáceres

Estudiar la Edad Media en el siglo XXI: herencia historiográfica, coyuntura académica y renovación

Raúl González González¹

A manera de prólogo: Labrar la Tierra Yerma. El medievalismo en tiempos de precariado

By Way of a Prologue: Tilling the Waste Land. Medievalism in Times of Precariat

Dichosos aquellos que pueden permitirse seguir siendo inocentes. No lo fueron desde luego los organizadores del *IV Congreso Internacional de Jóvenes Medievalistas Ciudad de Cáceres*, dedicado al tema «Estudiar la Edad Media en el siglo XXI: herencia historiográfica, coyuntura académica y renovación», cuando diseñaron para el mismo un cartel en el que aparecía una figura goyesca: *Saturno devorando a su hijo*. Con la salvedad de que el cuerpo inerte del retoño descabezado era aquí sustituido por un vetusto volumen de gruesas tapas. Como para traer a la mente el *Trágala, trágala, trágala, perro*, que cantaban las gentes de Madrid por los mismos años en que Goya pintaba al dios caníbal en las paredes de la Quinta del Sordo. La imagen está abierta a numerosas lecturas, pero casi todas coincidirían en un mismo punto: el potencial (auto)destructor del oficio académico, sobre todo para los bisoños.

Tras haber dedicado sendos encuentros al poder y la violencia, la guerra y el mundo urbano, en su IV edición la reunión de Cáceres se volvió sobre sí misma y puso el foco en esa oscura zona donde se sitúa la tramoya de la investigación. Se invitaba así a los jóvenes medievalistas a reflexionar con voz propia sobre las condiciones en las que desarrollan su trabajo. El resultado fue sorprendente: por una vez, la sala de un congreso de investigadores noveles parecía poblada de seres humanos, que hablaban abiertamente en público sobre cuestiones tales como los motivos que les llevaban a optar por una u otra lengua de redacción, la presión psicológica que experimentaban en el oficio o sus estrategias para conseguir financiación. Es probable que un razonable ejercicio de prudencia haya hurtado muchas de esas reflexiones a los textos finalmente publicados, pero para un medievalista eso no hace sino dar la razón póstuma a los juglares: incluso en tiempos de hegemonía digital, la vieja cultura de la oralidad presencial conserva algunas virtudes insustituibles. La espléndida catarsis que algunos pudimos experimentar en Cáceres durante aquellos días de noviembre de 2015 no sería la menor de ellas.

¹ Doctorando en Historia. Universidad de Oviedo.

González González, Raúl
A manera de prólogo: Labrar la Tierra Yerma.
El medievalismo en tiempos de precariado
www.revistarodadafortuna.com

No obstante, y para compensar esa comprensible autocensura, quisiera abandonar el formato del prólogo convencional y pasar a ofrecer algunas reflexiones, a manera de síntesis estrictamente personal, sobre los ejes temáticos en torno a los cuales giran las contribuciones aquí reunidas.

Herencia historiográfica

Si somos honestos habrá que reconocer que, en un fenómeno que guarda sorprendentes similitudes con el bloqueo del pensamiento escolástico tras la crítica “nominalista” del siglo XIV, el reloj de la historiografía se detuvo en algún momento entre los años 70 y 80 del siglo pasado, con ese canto del cisne del pensamiento occidental que fue el post-estructuralismo. Y si optamos además por ser malvados, podríamos concretar todavía algo más: el parón se produjo al extinguirse la última generación formada antes del asesinato de Europa que venimos conociendo como Segunda Guerra Mundial (en España, la formada antes de la Guerra Civil). No es casualidad que desde entonces los historiadores parezcamos habernos convertido en una suerte de glosadores a la manera del escolasticismo tardío, y se haya venido confundiendo el avance historiográfico con la exploración de nuevos temas. Pero hacer por ejemplo una historia positivista de la infancia, la alimentación o el placer no es en sentido estricto una novedad historiográfica. Y en cuanto uno ojea los clásicos, a veces puede resultar que ni siquiera sea una novedad temática. El fracaso del proyecto de la *Histoire des mentalités*, del que habrá que rendir cuentas algún día, podría no ser del todo ajeno a este tipo de problemas.

Claro que para un medievalista la idea de *novedad* debería ser una noción muy relativa, desprovista de ese brillo fulgurante con el que se empeña en rodearla nuestra época tardorromántica. Si aprendemos la lección de los autores medievales, no nos resultará difícil comprender que la calidad de una obra no se mide por la capacidad taumátúrgica del Autor para crear novedades *ex nihilo*, sino por su habilidad para establecer una relación creativa con la tradición. Frente a la imitación estéril, el juego fascinante de la intertextualidad. Las contribuciones recogidas en estas actas abordan ese tipo de relación intertextual, con la tradición historiográfica previa o incluso con otros formatos discursivos: novela, cine, cartografía, escultura, arquitectura, miniatura...

Coyuntura académica

Si hay un tema tabú sobre los medievalistas noveles es precisamente el de su coyuntura académica. La evolución de las formas del capitalismo en Occidente está

cobrando un sabor cada vez más decimonónico, lo que para los asalariados se traduce en una notable pérdida de niveles de renta, estabilidad laboral y derechos sociales. Los trabajadores más jóvenes, en buena medida ajenos a las viejas modalidades de afiliación sindical, negociación colectiva y contratos fijos que van convirtiéndose en el patrimonio de una franja de edad cada vez más restringida, son uno de los sectores – desde luego no el único – más afectado por esta nueva situación (en realidad vieja, muy vieja). Algunos han propuesto el término *precariado* para definir a este colectivo laboral, y al menos en el ámbito académico el juego de palabras *becario-precario* es ya tradicional (baste recordar una página web de referencia para los jóvenes investigadores como es *precarios.org*).

En efecto, los investigadores jóvenes no son ninguna excepción a esta norma general. Probablemente una de las muestras más perversas haya sido la generalización como fórmula de contratación de jóvenes doctores en el sistema universitario español de la figura del *Profesor Asociado*, teóricamente pensada para contratar a profesionales acreditados que puedan compartir su experiencia laboral a través de algunas horas de docencia semanales, pero que en la práctica no consiste sino en un contrato a tiempo parcial – aunque a menudo parece esperarse que el “agraciado” lo ejerza a tiempo completo – destinado a jóvenes en el que la Universidad traslada el pago de las cotizaciones a la Seguridad Social al propio trabajador, previa alta del mismo como “Autónomo” en el sistema. Así, su sueldo neto queda muy por debajo del salario mínimo interprofesional, de modo que en el sector universitario la brecha salarial entre trabajadores con contrato consolidado y jóvenes precarios puede alcanzar fácilmente niveles de 10 a 1. La comparativa falta de filtros para la provisión de este tipo de plazas y su mayor control por los Departamentos universitarios con respecto a las figuras post-doctorales homologadas – como el *Ayudante Doctor* o los contratos de investigación de programas como el *Juan de la Cierva* –, unida a su mínimo coste de contratación, ha convertido al *Profesor Asociado* en una figura muy popular en la Universidad española ya desde mucho antes de la tan traída y llevada “crisis”. Que un sector al que se le presuponen unos ciertos niveles de información y capacidad crítica, como es el de los jóvenes doctores, haya podido aceptar con toda naturalidad la supresión de sus derechos laborales y pasar a engrosar el segmento tan famoso últimamente de los “trabajadores pobres”, no invita precisamente al optimismo sobre el futuro.

Además, más allá del escalafón del profesorado universitario propiamente dicho, que se inicia – una vez acreditado a través de la agencia de evaluación pertinente – con la figura del *Ayudante Doctor* (*Lector* en Cataluña y *Adjunto* en el País Vasco) y en la práctica suele quedar reducido a aquellos que consiguen beneficiarse en su *alma mater* de las redes endogámicas tradicionales (pueden consultarse algunos ejemplos en la web www.corruptio.com), queda otro camino para los jóvenes doctores: el peregrinaje a través de los contratos de investigación post-doctoral, que ofrecen empleos temporales mediante convocatorias públicas muy exigentes – aunque por

desgracia no siempre estén libres de las redes endogámicas tradicionales, son sin duda la parte más “limpia” del sistema – cuyos procedimientos y plazos están sometidos a todos los defectos de la burocracia. Algún ingenuo podría creer que este tipo de jóvenes investigadores reciben un mejor trato, al tratarse de las verdaderas “joyas de la corona” por haber superado los procesos de selección más duros, pero en la práctica están sujetos a una enorme inestabilidad laboral que los obliga a cambiar periódicamente de residencia y asumir largos períodos de paro en los tiempos muertos entre convocatorias. Por no hablar del recelo que pueden causar en quienes les ven como una amenaza foránea a los balances consuetudinarios de poder en tal o cual Departamento o a las expectativas laborales de los retoños “de la casa”.

Tal es la situación de los jóvenes medievalistas que han pasado ya el rito iniciático de la defensa de su tesis doctoral, y tal es el futuro que aguarda a quienes aún están inmersos en la bella empresa de su elaboración – que tanto recuerda a la *queste* de los caballeros artúricos –, a menudo amparados bajo algún tipo de beca o contrato pre-doctoral con condiciones laborales en ocasiones más generosas que las que les esperan si se proponen continuar en el oficio más allá del doctorado. Mucho más que los temas o los enfoques, el rasgo diferencial de los medievalistas noveles dentro del gremio reside precisamente en estar sujetos a unas condiciones y expectativas laborales verdaderamente extrañas. Ignorar el problema mirando para otro lado, actuando *como si* fuésemos profesores, difícilmente nos traerá algún provecho en este estéril panorama que parece remitirnos a la Tierra Yerma de las viejas novelas medievales.

Renovación

Una leyenda soterrada parece recorrer buena parte de la literatura artúrica medieval, a manera de subtexto rara vez explicitado: la de un país atenazado por una maldición que provoca la infertilidad de la tierra, oscuramente asociada a la herida que su rey padece en el “muslo”. Convencionalmente podemos asignarle el nombre de *Terre Gaste* (aunque en la novela artúrica el término no va necesariamente unido a la leyenda), que significa literalmente “Tierra Devastada” pero que ha venido traducándose como *Tierra Yerma*. Su versión más interesante es quizá la primera, fruto del genio fundador de Chrétien de Troyes en su inacabado *Cuento del Grial*. Allí se nos narra cómo, en el transcurso de sus aventuras, el joven Perceval el Galés asiste durante la cena en el interior de un castillo a una curiosa escena en la que un séquito portador de extraños objetos – entre ellos una bandeja o *graal* – se dirige a una estancia contigua. A pesar de su curiosidad, el protagonista no se atreve a preguntar a quién sirve el Grial. Más adelante se revelará que sólo la formulación de

dicha pregunta podría haber sanado al Rey Tullido y restablecido el bienestar del reino.

La lección del maestro Chrétien es reveladora: sólo atreviéndonos a romper los silencios establecidos e interrogar con franqueza a quienes nos rodean podremos liberarnos de la esterilidad. Quizá los caminos para la renovación del medievalismo y de la situación de los jóvenes investigadores puedan ir por esos mismos derroteros. Para conseguir labrar la Tierra Yerma es necesario que antes de acumular líneas de *curriculum* nos preguntemos cuáles son y cuáles han de ser los objetivos de nuestra labor.

Cuáles son nuestras prioridades, también. En la novela, Perceval acaba descubriendo que su incapacidad para formular la pregunta clave proviene de un antiguo pecado: haber abandonado a su madre inconsciente para emprender el camino de la caballería sin mirar atrás. No estaría de más leer esta interpretación psicoanalítica *avant la lettre* que nos ofrece Chrétien como una advertencia contra los peajes personales que tan naturales parecen en este oficio, y cuyas secuelas en la propia investigación son tan difíciles de calibrar. Quién sabe cuántos cadáveres, cuántos principios, ilusiones y proyectos yacen abandonados en las cunetas de esta Tierra Yerma.

Por el momento, celebremos que exista un foro de libertad como el Congreso de Jóvenes Medievalistas Ciudad de Cáceres donde los investigadores noveles pueden desarrollar espacios autónomos de reflexión, tal y como demuestran las contribuciones recogidas en estas Actas. Yo, por mi parte, llegados a este punto prefiero seguir el consejo de Monteverdi: «*lascia, lascia che'l cor s'incenerisca, e tacì*»².

Referencias

Bibliografía

Monteverdi, C. (1638). Ardo, avvampo, mi struggo. In: *Madrigali guerrieri, et amorosi. Con alcuni opuscoli in genere rappresentativo, che saranno per brevi episodi fra i canti senza gesto. Libro ottavo*. Venetia: Alessandro Vincenti.

² «Deja, deja que el corazón arda en cenizas, y calla» (Monteverdi, 1638: n° 7).